

CON el fallecimiento de Reinhart Koselleck en 2006, la historia conceptual alemana perdió a uno de sus más eminentes representantes. El historiador sajón fue el *alma máter* del monumental diccionario *Geschichtliche Grundbegriffe*<sup>1</sup>, que coeditara junto a sus colegas del *Arbeitskreis für moderne Sozialgeschichte* Otto Brunner y Werner Conze, seguramente el ejemplo más visible de las posibilidades de ese método de investigación. Además de ello, fue partícipe del círculo del *Archiv für Begriffsgeschichte*<sup>2</sup> rothackeriano y formó parte de las sesiones de la Comisión Senatorial de la *Deutschen Forschungsgemeinschaft* para la Historia Conceptual presidida por Hans- Georg Gadamer entre 1958 y 1966<sup>3</sup>. Pero su aportación no se limitó a la práctica sino que, también, dejó numerosos escritos programáticos y metodológicos siendo uno de los mayores teóricos de la historia conceptual con su propuesta de *Historica* [Historik]<sup>4</sup> y su teorización de la semántica histórica. La composición de los artículos y conferencias que conforman este volumen muestra claramente esas preocupacio-



REINHART KOSELLECK, *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Editorial Trotta, Madrid, 2012, 320 pp. ISBN 978-84-9879-300-0. (*Begriffsgeschichten*, 2006).

nes. Si bien su título denota que la mayoría de los textos se centran en la historia de conceptos políticos y sociales, el libro comienza con tres artículos teóricos relativos a las relaciones entre historia social e historia conceptual o a la posibilidad de la historia de concebirse a sí misma, es decir, de la historicidad del mismo concepto de historia. Resulta, a su vez, lamentable que Koselleck no pudiese concluir el prólogo de esta recopilación que él mismo hiciese poco antes de morir; en él debían sistematizarse muchas de las cuestiones teóricas que se abordan en los textos. Los esbozos que el autor dejase antes de fallecer se nos ofrecen en el epílogo al libro de Carsten Dunst, aunque apenas dejan entrever algunas de las cuestiones que pretendía desarrollar.

Puede resultar paradójico, pues, que uno de los representantes más teóricos de la historia conceptual no provenga del gremio filosófico, dominante entre ellos, sino de la historia social. El “historiador pensante”<sup>5</sup> que fuese Koselleck inició su andadura bajo la égida del men-

Revista de Libros  
de la Torre del Virrey  
Número 1  
2013/1  
ISSN 2255-2022

cionado Conze en el *Arbeitskreis* que fundase en 1957 en Heidelberg<sup>6</sup>. El objetivo original de dicho círculo de trabajo era aplicar las teorías estructuralistas de la escuela francesa de los *Anales* al estudio de la historia social europea desde el siglo XVIII. Antes de esta época el sajón ya había dirigido su atención al que será su campo de estudio historiográfico preferente, el período que bautizará como *Sattelzeit* (1750- 1850)<sup>7</sup>, cuya explosividad ya había mostrado en su primera obra *Crítica y Crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués* (1959)<sup>8</sup>. Así podemos ver como la mayoría de artículos incluidos en este volumen se centran en conceptos de importancia fundamental para ese periodo: *Bildung*, progreso, emancipación, crisis, patriotismo, revolución, utopía, Ilustración, burguesía, federalismo o Estado nacional, asuntos que le ocupan aquí, son ejemplos evidentes. Sin embargo, en su primera obra, Koselleck aún no había desarrollado plenamente su método histórico- conceptual que guardará

1. O.BRUNNER, W.CONZE Y R. KOSELLECK (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch- sozialen Sprache in Deutschland*, Klett-Cotta, Stuttgart, 1972-1997

2. Allí publicó su importante artículo “Richtlinien für das Lexikon politisch- sozialer Begriffe der Neuzeit“, *Archiv für Begriffsgeschichte*, XI-1 (1967) pp. 81-89. Que expone las líneas maestras de su diccionario.

3. Sobre su participación se puede leer en *Materialen aus der Geschichte der Begriffsgeschichte*. MARGARITA KRANZ, „Be-

griffsgeschichte institutionell. Die Senatskommission für Begriffsgeschichte der Deutschen Forschungsgemeinschaft (1956-1966). Darstellung und Dokumente” en *Archiv für Begriffsgeschichte* Bd. 53, 2012, pp. 153-226

4. Tal y como la presentará ante Gadamer en 1985 la Histórica pretendía ser “la doctrina de las condiciones de posibilidad de las historias (*Geschichten*)” (véase “Histórica y hermenéutica” en R.KOSELLECK- H.G. GADAMER, *Historia y hermenéutica*, Paidós, Barcelona 1997, p.

una explícita deuda con el legado de Braudel. Así se puede ver, por ejemplo, en su concepción de las estructuras de repetición históricas:

“Las estructuras son aquellas condiciones que forman parte de las acciones humanas y las posibilitan mediante su repetición. Todas las acciones, en la política y en la sociedad, se fundamentan en una multiplicidad de premisas repetitivas.” (p. 278)

El decurso intelectual de Koselleck muestra como de este estructuralismo a la historia conceptual hay un paso. El problema con el que topa un historiador social a la hora de comprender la época que estudia estriba en la dificultad de acceder al transfondo prelingüístico de los cambios sociales mediante fuentes predominantemente lingüísticas. Esta dificultad se acentúa al referirse a un periodo de tiempo tan breve y con una concentración tan alta de transformaciones como el *Sattelzeit*. Así pues, si “el *tótom* de una historia social y el *tótom* de una historia lingüística nunca se corresponden exactamente” (p. 12),



el valor cognoscitivo que la historia conceptual pueda tener para un historiador social depende de la respuesta a dos preguntas: “¿Cómo de intensa es la acción lingüística en la aprehensión de fenómenos extralingüísticos?” y “¿Cómo de intenso es el reto de los principios no lingüísticos que son los que provocan una respuesta lingüística, es decir, conceptual?” (p. 296-297).

El valor que Koselleck le confiere al concepto es importante en tanto que éste no sólo se convierte en un cúmulo de experiencias pasadas, sino en un elemento pragmático que, como condición de toda experiencia, hace posible la acción y la novedad histórica; por lo que la necesidad del concepto es existencial:

“Toda vida humana está constituida por experiencias, bien sean éstas nuevas o sorprendentes o, por el contrario, de naturaleza repetitiva. Se necesitan conceptos para poder tener o acumular experiencias e incorporarlas vitalmente.” (p.29)

7. *Sattelzeit* o *Schwellenzeit* son neologismos acuñados por el propio Koselleck para referirse a ese periodo de tiempo. Con ellos incide en el carácter intermedio de este siglo entre la modernidad y nuestro tiempo. *Schwellenzeit* puede traducirse como Tiempo- umbral, sin embargo *Sattelzeit* tiene más difícil traducción aludiendo al *Sattel* o silla de montar. Se puede apuntar que se trata de un tiempo “a horcajadas”.

8. Se trata de la tesis doctoral de 1954 modificada para dos ediciones en 1959 y 1969. Hay

70) apuntando con ello a las condiciones extralingüísticas que las hacían posibles.

5. Así lo llamaba Gadamer según H.Meier. Véase FAUSTINO ONCINA, “Necrológica del *outsider* Reinhart Koselleck: “el “historiador pensante” y las polémicas de los historiadores” en F.ONCINA (ed.), *Teorías y prácticas de la historia conceptual*, Plaza y Valdés, Madrid 2009, p.233

6. Sobre su participación véase la obra reseñada p.11.

De ahí la deuda de Koselleck con la escuela francesa, ya que el concepto se convierte en un objeto de estudio en tanto que muestra analogías con las estructuras de transformación histórica. En su variación temporal, el concepto muestra las diferentes experiencias que ha recogido y las expectativas que ha despertado; evidenciando, a la vez que posibilitando, las transformaciones históricas y sociales.

Un ejemplo, que Koselleck ya había tratado extensamente en sus obras anteriores<sup>9</sup> y que se encuentra de nuevo en la que nos ocupa, es el cambio de la vivencia del tiempo durante la Ilustración. El proceso de disociación de la experiencia con el horizonte de expectativas que se presentan al ser humano. Dicha disociación se lleva a cabo en la Ilustración, al temporalizar las expectativas de una resolución de los conflictos y trasponerla al futuro. Esto genera una obsesión con el futuro que provoca la aceleración de los tiempos históricos sin, por ello, aproximar más su presunto fin<sup>10</sup>. El historiador es-

tudia aquí la sintomática temporalización que sufrieron conceptos espaciales como progreso (pp. 95- 112), revolución (pp. 161- 170) o utopía (pp. 171- 187) al transformarse en conceptos sociopolíticos en el siglo XVIII. Esta nueva concepción podía traducirse en la aparición de nuevos conceptos que ya no sólo se limitaban a registrar experiencias [*Erfahrungsregistraturbegriff*], sino que también las fundaban [*Erfahrungstiftungsbegriff*] o eran puros conceptos de expectativas [*Erwartungsbegriff*] (pp. 36-37). Así la historia conceptual koselleckiana muestra su capacidad de interpretar una nueva comprensión de la temporalidad de indudables resultados sociales mostrando la posibilidad de iluminar el abismo entre la historia de los hechos y la historia escrita.

El valor del método de Koselleck no se mide únicamente en su capacidad de reconstruir cambios de mentalidad pasados, por mucho que éstos puedan configurar nuestra comprensión del presente, sino en la posibilidad de obtener de ello aportaciones que permitan entender la

ejemplo, *Aceleración, prognosis y secularización*, Pre- Textos, Valencia 2003.

11. De nuevo un leitmotiv de Koselleck es la posibilidad de aprender de la historia para poder comprender sus posibles derroteros. Además del citado volumen *Aceleración, prognosis y secularización* son muy relevantes a este respecto los artículos “*Historia magistra vitae*” en *Futuro pasado*, pp. 41-66 y “La prognosis histórica en el escrito de Lorenz von Stein sobre la constitución prusiana” en *Futuro pasado*, pp. 87- 102.

traducción española: *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Trotta, Madrid 2007

9. Véase, por ejemplo, los artículos incluidos en “Sobre la relación entre el pasado y el futuro en la historia reciente” en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona 1993. Pp. 21-102

10. El tema de la aceleración también ha sido tratado en profundidad. Además de en *Futuro pasado* puede verse, por

actualidad, en tanto que “toda sincronía es *eo ipso* simultáneamente diacrónica” (p. 19), e, incluso, realizar *prognosis*<sup>11</sup>. Este tema ha preocupado al historiador sajón quien afirma aquí que “un historiador no se tomaría la libertad de extraer de la historia conclusiones directamente aplicables. Pero dispone de un conocimiento racionalmente elaborado de las experiencias que autoriza juicios políticos”. El estudio de las estructuras de la historia le autoriza a avanzar “las condiciones repetitivas en las que surge lo nuevo” (p.291). Una capacidad como ésta sólo puede probarse con ejemplos pragmáticos como el que extrae de su erudita reconstrucción de las conflictivas relaciones entre federalismo y nacionalismo en los pueblos germánicos y que cierra las líneas antes citadas:

“La historia de los pueblos alemanes en el Sacro Imperio Romano Germánico y la historia del pueblo alemán en sus diversos Estados federales demuestran al menos una cosa: Estado y soberanía no tienen por qué converger completamente. El concepto de soberanía compartida sólo es intrínsecamente contradictorio cuando se sitúa en última instancia el Estado nacional totalmente

homogéneo. La ventaja de las soluciones federales consiste en que la unión a un mínimo jurídico y político común permite garantizar un máximo de autonomía para los miembros. Con independencia de lo que sea Europa, hay un mínimo federal que debe alcanzarse no solo económica, sino también políticamente, que debemos mantener si queremos sobrevivir en este continente.” (p. 291)

12. J.L. VILLACAÑAS Y F. ONCINA, “Introducción” en R. KOSSELLECK - H.G. GADAMER, *Historia y hermenéutica*, p. 9

La actualidad de estas líneas redactadas en 1994 es una buena muestra de los resultados que es capaz de alcanzar el método de Koselleck. Pero un ejemplo no basta para defender la legitimidad de todo un edificio intelectual como el que nos ocupa. Por lo demás, y por muy teórico que haya sido el trabajo del sajon, como señalaban los profesores Oncina y Villacañas ya en 2002, “una teoría de la *Begriffsgeschichte* es todavía hoy un *desiderátum*”<sup>12</sup>. De ese modo, sus fundamentos resultan escurridizos pero no por ello del todo opacos. Como señalábamos, en el caso de Koselleck su *Histórica* nos da un acceso a esta dimensión. Al presentarla ante Gadamer con motivo de su 85º cumpleaños, su autor desglosa cinco categorías

extraídas de *Ser y Tiempo* y que, para él, completan “las analíticas de la finitud del *Dasein* para dirigir la atención a la posibilidad de historias factuales”<sup>13</sup>. Así completa “precurzar la muerte” con su oposición “poder matar”, “amigo- enemigo”, “interior” y “exterior”, “generatividad” (referida a natalidad y sucesión de generaciones, así como a su oposición) y “amo” y “esclavo”;<sup>14</sup> a éstas podían añadirse las metacategorías referidas a la experiencia del tiempo histórico antes esbozadas: “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa”.<sup>15</sup> Éstas suponen las condiciones de posibilidad de cualquier historia y, como tales, son las que hacen posible su reconstrucción y el estudio de sus conceptos. Sin embargo, el fundamento último de esas categorías no queda claro. Koselleck las toma de autores diversos, no sólo Heidegger, sino también Hegel y su admirado Carl Schmitt<sup>16</sup>. Las razones por las que toma éstas referencias y no otras no son claras, sin embargo, en sus textos se puede atisbar el trasfondo teórico que configuran.

13. Op.cit., p. 73

14. Op. Cit., pp. 73-85

15. Véase “Espacio de experiencias” y “horizonte de expectativas”, dos categorías históricas” en *Futuro pasado*, pp. 333- 357.

16. Al controvertido jurista le dedicará su tesis doctoral. Véase *Crítica y crisis*, p. 19

En última instancia, una teoría de las condiciones de posibilidad de las historias exigiría fundamentar por qué son éstas y no otras las que deben considerarse. Esto sólo podría defenderse de ser las necesarias para que el actor de la historia, es decir, el ser humano, pueda llevarla a cabo. Así pues, una *Histórica* requiere, en última instancia, una antropología. Éste es el nivel que no acomete directamente Koselleck sino que, por así decirlo, toma prestado. De Heidegger, cuyo *Ser y tiempo* ha sido interpretado muchas veces como una antropología<sup>17</sup>, o de Schmitt de quien toma la oposición amigo- enemigo como elemento fundamental de la constitución social del ser humano. No debemos olvidar que este último fundamentaba su centralidad en *El concepto de lo político* mediante la convicción antropológica en el carácter “peligroso y dinámico”<sup>18</sup> del ser humano. Resulta muy difícil rastrear las ocultas convicciones antropológicas que subyacen a una

17. A ello se refiere Koselleck en *Historia y hermenéutica*, p. 72. Hans Blumenberg también habla sobre ese asunto en “Dasein o conciencia”, primer capítulo de *Descripción del ser humano*, FCE, México 2011, pp. 11-38

18. C. SCHMITT, *El concepto de lo político: texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*, trad. R. Agapito, Madrid, Alianza 1991, p. 90.

obra como la del historiador sajón, pero sí que se puede ver en ella que las hay y que requerirían un debate más profundo del que permite su velada presencia.

Así, por ejemplo, Koselleck no afirma la peligrosidad esencial del ser humano, pero en su análisis de la utopía apunta el error que han cometido quienes han defendido ideas de ese tipo: “Encuentro en esencia justificada la objeción hecha a los utopistas de no haber incluido el egoísmo en sus cálculos” (p. 184), no se trata de un reproche injustificado, pero al poner inmediatamente en contacto la naturaleza egoísta del ser humano con el pecado original recupera un terreno de resonancias schmittianas que subyace a la comprensión de la teología política y que se traspone sutilmente al trabajo del sajón. Para comprender esta trasposición es necesario referirla al lugar en el que más evidente se hace, en el artículo “Conceptos de enemigo” (pp. 189- 197). Aquí la categoría básica no es la oposición amigo- enemigo sino la relación dentro- fuera, interior- exterior, que se establece al

crearse cualquier forma de agrupación política o social. Koselleck hereda así la teoría de la instituciones sociales de raíz hobbesiana que Schmitt defendiese, según la cual el ser humano está supeditado a su inscripción en ellas: “El hombre vive siempre formando parte de unidades de acción mayores sin cuya cohesión no parece posible ninguna igualdad de derechos individual” (p. 124). Estas unidades de acción, sin las cuales el ser humano no es apenas nada, se determinan mediante la oposición. Esta se realiza, a nivel lingüístico, mediante contraconceptos que no son necesariamente peligrosos, sino que tienen un doble valor a la hora de constituir la identidad de los grupos: “son apropiados no solo para articular la autoterminación de un actor, el “nosotros” contra los otros, sino también para fijarla como característica distintiva” (p. 191).

No nos centraremos aquí en la teoría de la institución, sino en un rasgo que comparte con la forma en que aquí se entiende el concepto. Al igual que la institución es la

que da realidad al ser humano, el historiador da más valor al poder semántico inscrito en el pasado que arrastra el concepto que en su capacidad de adaptación a nuevos contextos. Así, la labor del historiador consiste en prevenir de posibles usos cuya peligrosidad se ha demostrado en el correr de los tiempos. Por eso previene contra aquellos contraconceptos que han tildado al otro de enemigo: “hay que tener cuidado con cualquier estereotipo, se convierte en una jaula conceptual que impide el pensamiento y limita la acción” (p.197). Así pues, Koselleck se deshace de las peligrosas connotaciones de la terminología del jurista preservando la oposición aunque sin convertirla necesariamente en hostilidad<sup>19</sup>. La animosidad, que Schmitt hacía rasgo antropológico, es una hostilidad de segundo grado, creada lingüísticamente. Pero lo que esto significa no es cambiar la valoración de la naturaleza humana sino hacerla aún más vacía. Poco puede decirse del ser humano en la historia más que el hecho de que sus conceptos delimitan de forma casi absoluta sus posi-

19. En cualquier caso, es de rigor remarcar que Schmitt distinguía diferentes grados de enemistad y que su teoría de las instituciones políticas está destinada a tratar de mantener bajo control dicha enemistad y que ésta no se convierta en la clase de enemistad a la que se refiere Koselleck con sus contraconceptos históricos como bárbaros- helenos, cristianos-paganos o subhombre – superhombre.

bilidades de acción. La semántica de un concepto puede, de esta manera, convertirse en un *fátum* ante el que la prognosis ya no hace posibles respuestas tan concretas como en el caso del federalismo europeo. Así podemos entender estas muy schmittianas palabras dichas a colación del estudio historiográfico del concepto de crisis:

“Se nos plantea, por tanto, la cuestión acerca de si nuestro modelo semántico de la crisis como crisis final no tiene ahora más posibilidades que nunca de hacerse realidad. De ser esto cierto, todo consistiría en concentrar las fuerzas para evitar perecer. El *katechon* también es una respuesta teológica a la crisis.” (p. 142).

No es tan sorprendente la constatación de las sinietras y conocidas posibilidades apocalípticas del presente, como la inesperada apelación a la figura teológica del *katechon* de la Segunda Carta de Pablo a los tesalonicenses, a la que en su día recurriese también Schmitt<sup>20</sup>. Con ese término se hacía referencia a un poder terrenal indeterminado que posponía el advenimiento del Anticristo y

20. Schmitt hace referencia a esa figura e, incluso, la invoca como principio antiapocalíptico. Puede verse en sus obras *La unidad del mundo*, Ateneo de Madrid 1951 o *Teología política*, Trotta, Madrid 2009.

el consiguiente Apocalipsis. No queda claro si Koselleck simplemente constata la existencia de esta figura en el acervo teológico o apela a un oscuro *katechon* que aplaque la posibilidad de ese final de los tiempos. El tono de la afirmación parece conferirle una inevitabilidad ante la cual la prognosis histórica se queda sin alternativas. La pregunta para el pronosticador sería la siguiente: Aún si el ser humano se ve abocado a realizar esa posibilidad apocalíptica inscrita en el concepto, ¿por qué lo hace? y ¿es esto evitable? Pero responder a estas preguntas trasciende las posibilidades de la historia conceptual e incluso de la *Histórica*, por eso a medida que la prognosis histórica se aleja de las instituciones y se adentra en las pulsiones que orientan la acción del ser humano se queda muda y, si acaso, deja hablar a aquellos autores de los que se reconoce deudora y que sí acometieron la fundamentación teórica de la que ésta aún adolece.

*Pedro García Durán*